



## El caso francés

François Dubet

Profesor de la Universidad de Bourdeaux

Mi intervención en este Seminario tiene por objeto presentar las transformaciones ocurridas en el movimiento obrero como resultado de los cambios económicos de Francia.

Si se toma el período de crecimiento económico de la post-guerra, se tendría que decir que el movimiento obrero francés no se opuso nunca al proceso de modernización de la economía; por el contrario, éste reforzaba el sentido de clase del sindicalismo. Su sentido de clase consistía en una yuxtaposición entre la acción reivindicativa al interior de las empresas y una perspectiva política nacional, pero sin una voluntad de intervenir en la gestión de los cambios.

La actitud de los sindicatos frente al cambio tecnológico (CT) se reducía a negociar caso por caso. En general este cambio no provocó grandes contradicciones con los intereses de los obreros. En los casos donde había un mayor poder sindical, como en las industrias nacionalizadas, no hubo ninguna oposición a los CT, ya que había una relación directa entre el fortalecimiento de la empresa y el fortalecimiento del poder sindical. Vale decir, *no había oposición entre el interés por el desarrollo de las fuerzas productivas, por la modernización y el progreso económico, y los intereses de clase del movimiento obrero.*

Esta era la tendencia mayoritaria, que convivía con otras dos posturas minoritarias; una más corporativista

(Fuerza Obrera), y otra que tenía intención de intervenir más directamente en el proceso de planificación económica.

El modelo sindical francés predominante, que consistía en un reivindicacionismo fuerte y un vínculo muy estrecho con un partido comunista también fuerte, comenzó a ser cuestionado a mediados de la década del sesenta, particularmente por Serge Mallet, quien acuñó el concepto de "nueva clase obrera", la que se fundaba en la experiencia de ciertos sectores modernos de la economía.

La tesis consistía en que en los sectores modernos, especialmente los más calificados (técnicos-profesionales), podría surgir un sindicalismo que, siendo de oficio y reivindicativo, fuese simultáneamente capaz de intervenir sobre la política económica. El objetivo era lograr fundir el sindicalismo de oficio con aquel más político, más interventor en asuntos generales de política económica.

Desde el punto de vista del actor obrero, el proceso modernizador iniciado en la década del setenta tenía un marcado carácter destructivo, ya que aparecía desencadenando la crisis en los más importantes bastiones industriales, en los que reposaba el poder obrero, el poder sindical.

Con la crisis, a partir del año 1975, empezó claramente a declinar la sindicalización. Se calcula que ella ha caído en más del 50 por ciento, alcanzando

hoy sólo el 9 por ciento, que es de las cifras más bajas de Europa. Por otro lado, esta baja sindicalización se reparte desigualmente entre los trabajadores: mientras hay sectores que mantienen una importante tasa, en otros ésta es muy baja.

Una paradoja que se viene manifestando desde el año 1981 es que la institucionalidad sindical se ha reforzado o revalorizado, aunque simultáneamente la tasa de sindicalización sigue cayendo. Una reciente encuesta estableció que el 70 por ciento estima que los sindicatos son útiles, un 40 por ciento que les dan confianza, pero tan sólo el 9 por ciento pertenece a ellos.

Frente a este proceso de modernización, que ha sido interpretado como la destrucción de la gran fortaleza obrera, han surgido dos tipos de respuesta sindical: a) una respuesta que tiende a reforzar la acción reivindicativa, profundizando en su carácter de clase; y b) otra que ha tendido a vincular más estrechamente al movimiento obrero con las fuerzas políticas.

Estas dos respuestas tienden a la dualización del sindicalismo: de una parte están presentes los trabajadores no calificados con un sindicalismo de clase, y por otra están los sectores más modernos con un sindicalismo más politizado.

Frente a la dualización que ha producido la modernización se ha levantado un camino intermedio, al que hemos llamado el de las "políticas

sindicales"; esto es, el intento, por parte del actor sindical, de planificar soluciones en el campo de la reivindicación económica, sin limitarse a esperar que el Estado ofrezca una solución definitiva. Vale decir, un sindicalismo que se reconoce a sí mismo como agente político, que reconoce que la economía existe y no es sólo un ente abstracto llamado capitalismo, y que se puede intervenir en ella como un campo más de acción.

Los últimos diez años son demostrativos del fracaso de la perspectiva del camino intermedio. Por un lado, la CGT, que desde el fracaso de la tentativa de un sector de la central (el affaire Moynot) viene desarrollando el modelo dualista: endurecimiento de la acción corporativa en la base y aumento de la vinculación y dependencia de actores políticos. La CFDT, que fue la que llevó más lejos el camino intermedio, también ha fracasado finalmente. Su fracaso tiene la peculiaridad de que mientras los dirigentes se han convertido en una especie de contra-expertos económicos, sus bases se han embarcado en un camino estrictamente reivindicativo.

Los grandes temas levantados por la CFDT no han logrado afirmarse: no parece evidente la tesis de la nueva clase obrera; la idea de vincular al

movimiento obrero con los nuevos movimientos sociales no ha tenido lugar; y la tesis sobre los efectos perversos del progreso también ha quedado como un tema en el aire. Ninguno se ha transformado en una política por desarrollar.

La desaparición de un modelo central de acción colectiva obrera que reposaba en la conciencia de clase, está provocando un doble fenómeno:

a) Se produce una autonomización de la acción reivindicativa, que toma la forma de "huelgas salvajes", donde el sindicato es el interlocutor de los huelguistas y no el ente que dirige y expresa los intereses de los huelguistas ante la empresa. Esto hace extraordinariamente difícil negociar acuerdos y soluciones locales y nacionales con este tipo de movimiento; además, transforma el análisis de la huelga en un análisis puramente de estrategia. Quienes desencadenan la huelga son los grupos más poderosos que tienen un impacto muy significativo sobre la economía, como por ejemplo los controladores de vuelo, conductores del Metro, enfermeras, etc. Se trata de actores ubicados en lugares sensibles que luchan por sí mismos fuera del sindicato.

b) Paralelamente, el sindicalismo está cada vez más comprometido y

concentrado en la gestión de actividades de formación profesional, de seguridad social, visualizándose cada vez más como un sindicalismo profesional.

Estas dos dinámicas tienden crecientemente a la separación entre el sindicalismo y las bases, y en la medida en que no exista ningún proyecto político que reduzca esa brecha, da la impresión de que en el movimiento sindical todo se negociará caso a caso, lo que terminará despedazándolo. Simultáneamente con este despedazamiento del sindicalismo, se produce un cierto desplazamiento en la composición de la fuerza de trabajo desde un sector arcaico, como los mineros y otros, a un sector más moderno.

Otro dualismo tiene que ver con un sector protegido, que dispone de seguridad social y estabilidad en el empleo, y un sector precario, que aparece hoy en Francia como el gran tema.

Me parece que el sindicalismo es cada vez más incapaz de reintegrar este mundo del trabajo que se ha atomizado, y entonces se da la paradoja de que su institucionalización ha ido en un sentido contrario a su capacidad de jugar un rol central en la economía y en la sociedad francesa.

